

ARRIAZA Y SUPERVIELA, JUAN BAUTISTA DE (1770-1837)

LAS GRACIAS DEL BAILE

ÍNDICE:

I

Hija de la inocencia y la alegría

II

¡Oh, si volviendo atrás su fugitivo

III

Mas ¡ay! que ruborosas de las cumbres

IV

Tu imperio ya no luce, aunque se extiende

V

De las lúbricas gracias el prestigio

VI

Alargóle Terpsícore la mano

VII

El bello aspecto enajenó las almas

VIII

El sonoro coro de instrumentos

IX

Despléganse los brazos con blandura

X

Vuelve a sonar con trémulo suspiro

XI

¿Dónde vas?, ¿dónde estás?, la flauta gime

XII

Muestra el desnudo la indulgente falda

XIII

Mas ¿qué mudanza súbita? La orquesta

XIV

Ni el presto pensamiento seguiría

XV

No abuses de ellas, no, mi ninfa, espera

XVI

Ninfa gentil, serena los enojos

XVII

Divina Isbel, tu cuerpo con molicie

XVIII

Mas tú sigues risueña, y perfilando

XIX

¿Quién goza, sino tú, el poder divino

XX

A tu mano, a tu frente de alabastro

XXI

¡Cuántos tributos de ternura y gozo

XXII

Perdona, Isbel, perdona el extravío

I

Hija de la inocencia y la alegría,
Del movimiento reina encantadora,
Terpsícore, hoy te implora
Propia deidad mi ardiente fantasía.

Tú, que animada del impulso blando
Que siente toda ingenua criatura
Viendo a sus pies florida la llanura,
El cielo claro, el céfiro lascivo,
Vas sus fáciles saltos arreglando

Y esparces gracia en su bailar festivo;

Tú, del sagrado fuego en que me inflamo,
Diosa de juventud, serás la guía;
Tú, a quien mil veces llamo
Hija de la inocencia y la alegría.

II

¡Oh, si volviendo atrás su fugitivo
Curso la edad, me viera con presteza
De la Naturaleza

Transportado al Oriente primitivo!
¡Cómo te viera en toda tu influencia,
Oh diosa, deleitar a aquellas gentes
Que, aun sin pudor, se amaban inocentes!

Ellas, sin más adorno que las flores,
Y su candor por única decencia,
Iban bailando en pos de sus amores,

Y sobre aquellos cuerpos que del arte
Aún no desfiguraban las falacias,
Lograbas derramarte
Tú, con todo el tesoro de tus gracias.

III

Mas ¡ay! que ruborosas de las cumbres
se arrojaron las ninfas a los valles,
Y cubrieron sus talles
Con arte rudo, igual a sus costumbres.

Los árboles les dieron su corteza
Y sus frondosas hojas, y el ganado
Se vio de sus vellones despojado
Para cubrir las inocentes formas;
Despareció la humana gentileza;
¡Y tú, Naturaleza, te conformas!

En tus obras maestras ¡cuál ruina!
¡Y cuál, bajo la nube del misterio,
Terpsícore divina,
Perdiste lo más bello de tu imperio!

IV

Tu imperio ya no luce, aunque se extiende
Sobre la airosa espalda, el alto pecho,
Y el talle a torno hecho,
Que un envidioso velo lo defiende;

En vez de aquella ingenuidad amable,
Pródiga de las gracias que atesora,
Nos vino la modestia encubridora.

No es lícito a los ojos gozar tanto;
Mas el alma sensible, ¿cómo es dable
Que no halle en la modestia un nuevo encanto?

Más interesa en el jardín ameno
La rosa que naciendo se sonroja,
Que cuando, abierto el seno,
Va dando a cada e céfiro una hoja.

V

De las lúbricas gracias el prestigio
Hermanaste el pudor de tal manera,
Que la virtud austera
Se paró, enamorada del prodigio.

El alto cielo en tu favor se inclina,
Y la Naturaleza con anhelo
Ansió la creación de algún modelo
Digno de tus lecciones: de gentiles
Miembros, de majestad alta y divina,

Incapaz de mover pasiones viles.
Tal su deseo fue; y entre millares
De bellas ninfas una fue elegida,
Cual Venus de los mares,
De la espuma del Sena concebida.

VI

Alargóle Terpsícure la mano
Al desprender de la nativa espuma;
Bajo su pie de pluma
La hierba apenas se dobló del llano:

En los mórbidos miembros de Citéres,
En los tímidos ojos de Diana,
En el rubor semeja a la mañana;

Su acción con majestad voluptuosa
Anuncia, mas no brinda los placeres;
Cúbrela un manto de azucena y rosa,

Y así, dulce, sencilla, delicada
(Copia, en sin, del objeto que idolatro),
De gracias coronada,
Se ofreció de la Iberia al gran teatro.

VII

El bello aspecto enajenó las almas;
Mas luego suena el populoso claustro
Cual si agitara el austro
Un bosque entero de movibles palmas.

Ella el suelo y el aire señorea,
Mostrándose fenómeno, igualmente
Del cielo y de la tierra independiente;

Mírala el vulgo con el mismo arrobo
Con que otra vez una inocente aldea
Majestuoso descendiendo el globo.

Mas de las almas tiernas entretanto,
¿Cuál aquel movimiento no sentía,
Aquel secreto encanto,
Aquel placer que llaman simpatía?

VIII

El sonoro coro de instrumentos,
Como las aves a la luz del alba,
Le tributa su salva;
Mas la tímida ninfa a sus acentos

Asustada se muestra; y como pide
Su delicada acción más dulce pauta,
Sólo modula la melosa flauta.

Entonces el suavísimo sonido
Imperceptiblemente se decide

Su movimiento blando y sostenido:

Parece a Galatea cuando apenas
Su corazón palpita, y va con pausa
Sintiendo por sus venas
Aquella vida que de amor fue causa.

IX

Despléganse los brazos con blandura
Y noblemente erguida la cabeza,
A rodear empieza
Los ojos desmayados de ternura;

Ya de los bellos brazos compañero
resentase en el aire el pie divino,
Pie que la tierra no pisó más fino;

Sólo en un punto imperceptible estriba
Que al suelo toque el otro pie ligero,
y no vuele la bella fugitiva;

Ella suspensa está; también con ella
Enmudece la música; y entonces...
Una imagen tan bella
Nunca la Grecia la imitó en sus bronces.

X

Vuelve a sonar con trémulo suspiro
La querrellosa flauta, y el hermoso
Cuerpo a moverse airoso
En torno de sí mismo en lento giro.

¡Cielos!, ¡oh, cuál las ávidas miradas
Van sucesivamente repasando
La flexible cintura, el brazo blando,

Del seno virginal la doble forma,
Y las demás que deja señaladas
El velo que a ceñirlas se conforma!

Mas ¡ay! que entonces un momento eterno
Nos roba de sus ojos la luz pura,
Y en el nubloso invierno
No es tan lenta la noche más oscura.

XI

¿Dónde vas?, ¿dónde estás?, la flauta gime;
Y ella, como en un presto sobresalto,
Se alza en súbito salto
Y clávase de frente. La sublime

Orquesta resonando la saluda,
Cual relámpago vivo el entusiasmo
Rompe, y deshace el silencioso pasmo;

Entre el espeso rebatir de palmas
No hay una voz, no hay una lengua muda;
¡Viva!, suspiran las ardientes almas;

¡Viva!, suenan en las filas inferiores;
¡Viva!, en los palcos, relumbrantes de oro;
¡Viva!, en los corredores;
¡Viva!, repite el artesón sonoro.

XII

Muestra el desnudo la indulgente falda
Que las gentiles formas determina:
Su cabeza declina
Voluptuosamente hacia la espalda;

Siempre en su rostro la modestia impera,
Más por cada deseo, compasivos
Devuelven un placer sus ojos vivos:

Placer de amor, que honestidad respira;
¡Placer de amar, necesidad primera
De un tierno corazón! ¡Cómo el que aspira

Tu llama a confundir honesta y pura
Con una liviandad torpe y ficticia,
Al pie de la hermosura
Pierde el sosiego y no halla la delicia!

XIII

Mas ¿qué mudanza súbita? La orquesta
Se precipita alegre, y en el aire
Con gracioso donaire

La ninfa sin cesar se manifiesta.

Como leve balón se alza y aterriza:
Dijeran que debajo de su planta
La atracción de la tierra se quebranta;

O bien que, de placer, en cada salto
Suspira el seno de la madre tierra
Y vuelve hermosa a levantarla en alto.

Vaga el rosado velo en el ambiente,
Y revelado en trenzas su cabello,
Deja ver claramente
La afectuosa posición del cuello.

XIV

Ni el presto pensamiento seguiría
La fuga de los pies; no es por el cielo
Tan fugitivo el vuelo;
Por el agua sin riesgo correría;

Si el uno se detiene, el otro en tanto,
Como paloma que agiliza el ala,
Con batido halagüeño le regala;

Ya abandonan el suelo, y se restaura
Su aérea posición; ¡celeste encanto,
Que de inmortalidad respira el aura!

Presta para ganar dulces despojo,
Y luego huir por las etéreas salas,
En sus pies y sus ojos
Lleva de Amor las flechas y las alas.

XV

No abuses de ellas, no, mi ninfa, espera;
Ni así girando en círculo voluble
Esa imagen ligera
En un hermoso vértigo se nuble,

Como se turba el río cristalino
Alrededor del hoyo que le veda
Su curso, y se revuelve en remolino.

Nuestro amor la ofendió, sí; pues ya queda
Fija su planta, y veo en su hermosura
La expresión del dolor y la ternura;

Como niña que en siestas amorosas,
De su querido amante, incauta siente
Junto a sus frescas rosas,
En vez del labio el atrevido diente.

XVI

Ninfa gentil, serena los enojos.
Isbel..., ¡ay cielos!, que en mi propio agravio
Huyó tu nombre de mi ardiente labio
Como tu imagen de mis tristes ojos.

Tú, que a la esfera del amor te subes
¡Brinco amoroso de las gracias bellas,
Como ellas ágil y fugaz como ellas!

¿Cómo te ofende nuestro justo incienso,
Tú, que has nacido para hollar las nubes
Que andan vagando por el cielo inmenso?

¿Cómo tú misma la pasión no halagas,
Si cual abeja variando flores,
De pecho en pecho revolante vagas,
Vertiendo gracias y cogiendo amores?

XVII

Divina Isbel, tu cuerpo con molicie
En las auras parece se recuesta;
Tan frívola tu planta como presta,
Halaga la terrena superficie;

Fresca hermosura, juventud riente
Tus nobles actitudes hermosea;
Y tal es tu decoro, que ni el aire,

Cuando bailando tu ropaje ondea,
Audaz se ve que tu pudor desaire.
Sublime Isbel, ese país, que ha dado

A Venus, y a Diana honra divina,
Venus, menos que tú dulce y graciosa,

Menos casta Lucina,
Vuela, písale tú, serás su diosa.

XVIII

Mas tú sigues risueña, y perfilando
El cuerpo celestial, libras su peso
Sólo en un pie, travieso
El otro al aire con los brazos dando.

Sólo tu rostro veo de soslayo,
Sólo de tus mejillas una rosa,
Y de tus vivos ojos sólo un rayo,

Todo me anuncia un atrevido vuelo;
Sí, linda Isbel; esa postura airosa,
Imagen de la paz y del consuelo,

No anuncia que te lances fugitiva
Del alto Jove a transportar la copa,
Sino a lograr la venturosa oliva,
Que está anhelando la infeliz Europa.

XIX

¿Quién goza, sino tú, el poder divino
De franquear la tierra, hender los vientos?
Pronto tus movimientos
Vuelo serán, los aires tu camino.

Tú, cual eres gentil, serás sensible;
Que nutrirse unos ojos tan fogosos
Con el hielo del alma es imposible;

Parte, y verás los hombres venturosos;
Vuela del Norte a los primeros climas,
Sube a los Alpes; sus nevadas cimas

Blanquean del candor de la inocencia;
De allí descubrirás el ara santa,
Que ya tal vez levanta
A la paz la feliz beneficencia.

XX

A tu mano, a tu frente de alabastro,

Dará la paz su bienhechora oliva;
Tú partirás, Isbel, rauda y altiva,
Y de serenidad serás el astro.

Las artes, con los ojos aún no enjutos,
Alfombrarán las rosas tu carrera;
Tú ni sus hojas doblarás siquiera

Con tu rápido pie: valles y montes,
Que la guerra dejó yermos de frutos,
Traspondrás, y en los bajos horizontes

Alzará el arador la frente ansiosa,
Ennoblecida de sudor, y al verte
Tan bella y luminosa,
Presentirá su venturosa suerte.

XXI

¡Cuántos tributos de ternura y gozo
Te ofrecerán en tu glorioso giro!
La viuda ausente su último sollozo,
El padre anciano su postrer suspiro.

Mas cuando atenta a serenar los mares
Por el cristal del agua atravesares,
Huye del agua tú, Náyade bella;

Huye del agua tú, sigue mi aviso;
Que si como un amor te ves en ella,
Tú serás en amor como Narciso.

Así lleves la paz al hemisferio,
Desde el Ibero hasta el Britanio solio,
Del uno al otro imperio,
Y desde el Louvre al alto Capitolio.

XXII

Perdona, Isbel, perdona el extravío
De un entusiasmo que su bien presagia;
¿Qué puede producir la noble magia
De tu baile gentil, el señorío

De aquellas actitudes, do presiden
El amor, la belleza y la decencia,

Sino estas ilusiones de inocencia?

Y tú, divino origen de este encanto,
Terpsícore, perdona mi embeleso
Por una ninfa que proteges tanto;

No juzgues, ¡ay!, por eso, arte divina,
Que mis inciensos en tu honor rebajen,
Que a ti la gloria sólo se encamina
Del loor dado a tu perfecta imagen.